

Corazón adentro

OBDULIA, UN CUENTO CRUEL

Publicado exento en una bellísima edición para bibliófilos, "Obdulia, un cuento cruel" pertenece al "Síndrome de Estocolmo"; un libro memorable por muchas cosas - su alta factura literaria, su sabrosa ironía, sus múltiples transmisiones y modulaciones: el amor, la ternura, la pasión por el suceso cotidiano como materia artística, el erotismo sutil donde siempre está presente la dulzura, etc.-, pero también por haberse hecho acreedor de uno de los premios más lúcidos que existen: el prestigioso "Fastenrath" de la Real Academia Española. Un premio que vino a coronar una obra de las más completas que conozco, con tres novelas, siete poemarios -entre ellos dos antologías- y una docena de libros de cuentos, su género favorito, entre los que no me resisto a mentar: "Una ventana a la carretera" (1967), "El ingeniero Balboa y otras historias civiles" (1976), "Historias veniales de amor" (1978), "Los brazos de la i griega" (1982), "Reseñas y confidencias" (1985), "El síndrome de Estocolmo" (1988), antes citado; "Picassos en el desván" (1991) y "Las ciudades de poniente" (premio de narrativa "Torrente Ballester" 1993), recientemente aparecido.

Decir con este historial que Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, 1923) es un autor sobresaliente no resulta sino un acto de justicia, máxime cuando en todas y cada una de sus entregas hemos ido descubriendo a un escritor lleno de talento, a una voz personal que, siempre alejada de los ismos y las modas, ha sabido configurarse no sólo como uno de los nombres más señeros de nuestra literatura regional, sino que nos ha situado ante uno de los más genuinos narradores de este tiempo.

Antonio Pereira es -repito- un escritor todoterreno, pero su gran especialidad se circunscribe sin duda al cultivo del cuento corto; un género que con él ha dejado de ser menor para convertirse en algo sublime que se emparenta directamente con la poesía

"El cuento-dejó escrito Gullón- debe ser breve, intenso y capaz de sostener el interés durante la lectura y sorprender al concluirla", y Pereira -añade el crítico- "domina el arte de la narración breve con una destreza no inferior (muy superior digo yo) a la de sus coetáneos mejores".

Queda, pues, claro que Pereira reúne en sus relatos esas tres condiciones de las

que hablaba el astorgano. Pero, a mi modo de ver, el villafranquino consigue algo más y más difícil, a saber: hacer del lector su cómplice. Un cómplice que no es solamente un convidado de piedra, sino que en ocasiones se convierte en coautor del cuento, es decir, en una mano amiga que resuelve la historia a su gusto y manera. Porque en ello radica otra de las características de la obra narrativa de Pereira: en hacer de sus cuentos una historia abierta. Una historia lírica casi siempre -no olvidemos que estamos ante un poeta, que lo es por sobre todo- donde el minucioso estudio psicológico de los personajes, el mismo con que escoge la palabra, cada palabra: “el concepto cadencioso del ritmo del lenguaje”, “la concisión y economía de los medio que emplea”, “la visión poética de la realidad, expresada mediante imágenes plásticas, sensuales y concluyentes”- J. L. Martín Prieto dixit-, nos colocan frente a frente con la exigencia, la exactitud y la revelación; condiciones sine qua non de la propia poesía.

“Todo ello -resumo- con el prologuista- está presente en el relato conmovedor que tiene este libro: “Obdulia, un cuento cruel”, una historia de la niñez dominada por la presencia innumerable de la muerte, por su sutil evocación de recuerdos familiares, por la intensidad contenida que produce el silencio”. Ante tanta claridad yo no puedo ni debo añadir nada. O quizá sí: que con “Obdulia, un cuento cruel”, me he vuelto a estremecer con el mejor Pereira.

Antonio González-Guerrero

Madrid, 12 de nov. de 1994